

Sin excusas

@2020, Silvia Guzmán
Todos los derechos reservados

Diseño de Tapa

Pablo Mejías

Corrección y Edición

María Clara Fernandez

Edición y Diagramación

Solano Ríos

1° edición: agosto 2020
ISBN 978-9974-94-966-9

A Nadir y su señora, que si bien no menciono en este relato, fueron cerrojos que abrieron puertas en las noches de terror.

A mi madre, mis hermanos.

A mis cuatro hijos Jorge Andrés, Silvana Stephanie, María del Carmen, Micaela Guyunusa.

A mis nietos Juliana y Mauro.

A mi esposo, que me acompaña y sufre las tempestades de mis secuelas.

A todas las mujeres que sufren y temen.

Para ellas regalo este testimonio, esperando que sea útil para incentivar a abrir las alas,

Respirar profundo, muy profundo,

Planear sobre las miserias, los miedos,

Y gritar alto, gritar con las entrañas:

¡Sí se puede! ¿Verdad, Gabriela?

Hay corrientes de agua
que viajan por debajo de grandes construcciones.
Cautas, temerosas, solitarias.
Otras, en cambio,
lo hacen de cara al cielo.
Recorren todos los matices de verde
que su lecho les brinda.
Con orgullo lucen sus peces
sus desvíos
y hasta sus miserias adheridas.
Ambas son hijas del mismo caudal.
¡Sé a cual pertenezco!

Silvia Guzmán

Prólogo

A veces, un fuego ardiendo en el alma, viene quemando despiadado desde la infancia, y a través de los años, hace necesario expulsarlo para poder seguir viviendo.

Son fuerzas tremendas, que ante la destrucción que causa lo imponderable, hace que una débil vida se fortalezca y explote.

Este libro, todo es paradigma de un caso extremo de resiliencia. Conocí a Silvia cuando recién había cumplido los diez años. Parecía menos aún. Su cara bonita resaltaba más, cuando al hablar, el suave timbre de su voz nos envolvía con su encanto. Una voz que nos daba placentera paz. Pero si ser lindo es propiedad de todo niño, mantener el encanto de una primera impresión, exige mucho más.

Tras la dulce mirada de sus hermosos ojos había otra dimensión: una luz interior que se manifestaba permanentemente en múltiples formas. Era la alumna brillante que se destacaba en todas las aéreas. Apenas planteaba una situación problemática ya tenía la solución correcta. Al redactar, la perfección de su prosa alcanzaba vuelos literarios. Incluso, llego a escribir sencillos y bonitos poemas.

Yo la admiraba sin saber la tragedia que estaba padeciendo. Cierta vez hable con su madre, vislumbrando algo del horror de aquella casa –que no era verdaderamente un hogar– y como docente le sugerí que no aceptara más a su esposo, que tanto la sumía en pesares. Pero el regreso, dejo nuevamente su semilla... Y volvió a irse.

Cuando en los recreos comentábamos íntimamente con

otros maestros la situación de esta niña, sentíamos impotencia por no poder obrar efectivamente para torcer un destino que parecía brumoso. Todo quedaba en buenos deseos y en la esperanza...

Esta novela –término eufemístico que edulcora hechos de una realidad desgarrante– nos lleva fluidamente de la mano, por palabras crudas sin innecesarios adjetivos, a enfrentar visiones de infinitas vivencias, cuyo dolor va mucho más allá de las palabras.

El devenir se presenta como una película donde la angustia *in crescendo* nos va encerrando en un oscuro entorno que parece no tener salida. Surgen imágenes tan perfectamente descritas que se congelan en el tiempo. Y esto es lo que duele:

La crudeza del drama no es fantasía, sino una realidad palpitante. Pero justo cuando el relato se hace más álgido y se torna insoportable, aparece allí con magistral acierto, la poesía. Es la prosa, que sin dejar de serla, se transforma en poema. Un poema no exento de optimismo e ironía. Entonces nuestros sentidos y nuestro espíritu sonríen; en un juego onírico que nos hace elevar hacia una eterna esperanza de felicidad.

Todo el libro tiene la fuerza de un grito. Grito que conmueve, que hace doler, que deja pensando.

Justamente, si tuviera que representar plásticamente esta obra, elegiría *El grito*, óleo del famoso pintor noruego Edvard Munch, cuyo eco parece vencer la frontera del tiempo, y sigue retumbando con su misterio, aun hoy, en nuestras conciencias.

Finalmente podemos respirar profundamente. Aquel dé-

bil talluelo fue creciendo rectamente hacia la luz. El prometedo-
dor diamante de aquella infancia no se había hundido en el
fango. Se hizo realidad el milagro, desde el entorno más ne-
gro y más sórdido, la angustia de una vida se había destilado
en néctar.

Maestro: José Lezcano
Artista Plástico

